

Helwar Hernando Figueroa

Modernidad y nación en Colombia



Helwar Hernando Figueroa

Modernidad y nación en Colombia

Una generación no puede obligarse y juramentarse a colocar a la siguiente en una situación tal que le sea imposible ampliar sus conocimientos (presuntamente circunstanciales), depurarlos del error y, en general, avanzar en el estado de su ilustración. Constituiría esto un crimen contra la naturaleza humana, cuyo destino primordial radica precisamente en este progreso. Por esta razón, la posteridad tiene derecho a repudiar esa clase de acuerdos como celebrados de manera abusiva y criminal¹.

Emmanuel Kant



ant al responder en 1784 a la pregunta, ¿qué es la Ilustración? -de cuya respuesta hace parte el fragmento con el que damos inicio a este escrito- se interrogó por la actualidad de su tiempo, sobre el ahora; no se preguntaba si su propio presente era una nueva época o de tránsito hacia épocas inciertas, sino se interrogaba sobre el instante del presente, sobre el vértigo de lo contingente y la actitud frente a éste. «No busca comprender el presente a partir de una totalidad ...

¹ KANT, Emmanuel. ¿Qué es la Ilustración?, Filosofía de la Historia, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1998. Pág. 32.

partir de una totalidad o de un proyecto futuro. Busca una diferencia que introduce el hoy con respecto al ayer»². Sin embargo, esta no era la primera vez que un filósofo se hacía tal reflexión; en el caso de Kant la diferencia consiste en que esta pregunta surge en una nueva época «ilustrada» que también se está pensando a sí misma y que Kant interpreta como un momento en el cual la razón puede liberar al hombre de su «minoría de edad», entendida esta última condición humana como de esclavitud, donde la razón, cuando se le usa sólo se le pone en práctica de forma privada.

Así, la Ilustración fue un período que rompió con una sociedad tradicional (rural y teocrática), secularizando la naturaleza por medio de la explicación racional de su funcionamiento, colocando al hombre como el ordenador del mundo y desplazando a Dios al universo de lo intangible. Los antecedentes de este proceso «humanista» son el crecimiento de las ciudades, el Renacimiento, la Reforma Protestante, la Revolución copernicana, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, época de fenómenos sociales, políticos y de hallazgos científicos que revolucionaron una sociedad rural que vivía oculta debajo de las sotanas y al son de las campanas de las Iglesias y catedrales medievales.

Los siglos XV y XVI fueron un período de continuos cambios. El resurgir del pensamiento helénico, colocó en entredicho la filosofía escolástica y su avasallamiento a la teología, pensamiento que acompañó el redescubrimiento del hombre y cuya más clara manifestación fue despojar al cuerpo de la opresión de las sotanas medievales que cubrieron los desnudos realizados

Alberto Dürero
 Los hemisferios celestes boreal y austral
 Xilografía, fechada en 1515



² FOUCAULT, Michel. «Qué es la Ilustración». Tomado de *Magazin Littéraire*, N° 309, abril de 1993, París. Traducción de Álvaro Forero.

por los artistas griegos; el cuerpo empezó a dejar de verse como pecaminoso. En este mismo sentido, la Reforma Protestante contribuyó a la humanización de la naturaleza; Lutero con sus denuncias de corrupción, nepotismo y venta de indulgencias por parte de la Iglesia Católica, contribuyó a llegar a Dios sin intermediarios, sólo por medio de la fe del hombre. Así se inauguró una época en donde el hombre se individualizó y se convirtió en el protagonista de la Historia, dominador de una naturaleza cada vez más comprensible; ya no es Dios quien controla el mundo, es el hombre quien lo hace racionalmente; sus sentimientos de culpa por el pecado original y su propia desnudez comienzan a desvanecerse por medio de su naciente libertad espiritual.

Esta nueva época al preguntarse sobre su misma condición se revoluciona incesantemente, comienza así, un aceleramiento permanente y una búsqueda perpetua para explicar lo novedoso, acrecentado en los siglos XVII y XVIII, por el aumento constante en la producción de bienes, pues asistimos a los nuevos avances tecnológicos y sus correspondientes innovaciones en las formas de organización laboral que dejan atrás los talleres artesanales (aceleramiento que en el siglo XX corresponde a una sociedad consumista de bienes adquiridos de forma desaforada, donde el hombre sólo se realiza en ese instante). Las ideas no son ajenas a este proceso, la Revolución Francesa y su propuesta de un «gobierno democrático» (igualdad, fraternidad y libertad) que acabe con el absolutismo da prueba de ello, la razón por encima de la autoridad; además, evidencian cómo lo material y el mundo de las ideas se articulan en la sociedad para darnos una imagen de un movimiento revolucionario, el cual podemos dirigir hacia un futuro deseado; allí en ese instante surge lo moderno, como una forma de ver el mundo y de sentirlo. La modernidad es creadora y protagonista de la Historia, la creencia en el progreso se convierte en artífice de este proceso.

La modernidad obliga al hombre a mantenerse en pregunta, tensiona al individuo frente al mundo: es la naturaleza toda poderosa la que domina al hombre o es éste el que la transforma; para los modernos el dominio de la naturaleza se logra por medio de su comprensión. Tensión permanente en el hombre moderno que siempre se pregunta, si es él el llamado a dominar al mundo o si es éste quien lo vuelve prisionero en una jaula invisible.

Recapitulando, la modernidad constituye una de las transformaciones mentales más importantes del mundo occidental -coincide con la consolidación del capitalismo y el surgimiento de los Estados nacionales (gobernados democráticamente; es decir, la modernidad se puede considerar como igual a la democracia)-, pues secularizó la naturaleza humanizando a Dios e individualizando, a su vez, a un hombre que cree en la razón para explicar su

presente. No obstante, . . .

presente. No obstante, esta individualización dejó huérfano al hombre y le abrió una herida que no cicatriza, descrita por Octavio Paz como «el laberinto de la soledad del hombre moderno». Finalmente, la modernidad resolvió la tensión entre el individuo y el mundo por medio de la razón práctica y permitió al hombre dominar la naturaleza y darse su propio gobierno racional (progreso).

II

Un debate que acompaña a la modernidad tiene que ver con sus desarrollos posteriores dentro de la historia universal y con la manera de estudiarlos. Allí surge, por ejemplo, el concepto de «modernización» que es desgajado de los planteamientos racionalistas de la modernidad por un funcionalismo sociológico occidental (modernización, entendida por Weber como el desencantamiento del mundo, al darle unas funciones meramente instrumentales y evolutivas) y que tiene como premisa: incrementar la productividad, crear identidades nacionales y secularizar la sociedad. Al decir de Habermas, la teoría de la modernización «Rompe, además, la conexión interna entre modernidad y el contexto histórico del racionalismo occidental de modo que los procesos de modernización ya no pueden entenderse como racionalización, como objetivación histórica de estructuras racionales»³.

No obstante, esta modernización se ha convertido en uno de los principales pilares de las sociedades denominadas incivilizadas, además, metodológicamente es una herramienta adecuada para problematizar el surgimiento de la sociedad capitalista pues coincide con su consolidación.

También, la modernidad se puede explicar desde diferentes planteamientos teóricos e ideológicos. Primero, con las herramientas liberales que ven en el mercado libre, en el individuo y en el Estado, el desarrollo de la Historia; en segundo lugar; desde el marxismo, que privilegia por encima del mercado y el individuo las relaciones sociales de producción, tensiones que se convierten en el motor de la historia. Ahora bien, en la actualidad estas tensiones son desdibujadas y son transformadas por el postestructuralismo, por medio del lenguaje y la significación como constructora de realidades, donde el hombre ya no es más su dinamizador:

No cabe duda que los ensayos para llegar a la modernidad, impulsados principalmente por las elites intelectuales y políticas de las culturas denominadas «premodernas», están soportados por un sentido «modernizador» y están justificados teóricamente por una interpretación

³ HABERMAS, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Barcelona, 1989. Págs. 12-13.

⁴ ESCOBAR, Arturo. *El fin del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. ICAN y Cerec, Bogotá. 1999. Págs. 38-39.

weberiana de la historia (sociedad de compartimientos removibles): «racionalismo instrumental» impuesto etnocéntricamente por una cultura considerada, arbitrariamente, a sí misma, como la llamada a colonizar; civilizar; «modernizar» y desarrollar a las culturas bárbaras, incivilizadas, «premodernas» y subdesarrolladas⁴.

III

El ejercicio que a continuación se presenta tiene la intención de complejizar las relaciones entre modernidad y la creación de imaginarios nacionales, en una sociedad latinoamericana como la colombiana, para ello se aventura a dar una respuesta a la pregunta: ¿Por qué en Colombia es tan difusa la identidad nacional? Por esta razón partimos de la consideración de que en la Colombia decimonónica pudo más la tradición corporativa que la asimilación de los valores modernos de la Ilustración.

En efecto, la modernidad en América Latina es un proceso inacabado, frustrado, postergado, en fin, nunca realizado y al cual es indispensable llegar. En este sentido, José Joaquín Brunner hace un llamado a la cordura y tiende a desestimular esta metodología de proyectarnos hacia un futuro donde la modernidad no nos sea esquiva, pues existe la dificultad de pensarnos desde una «condición moderna», debido, entre otras razones, a nuestro doble descentramiento, producto de pensarnos desde otras realidades. En este sentido, afirma Brunner «... la propia modernización de la cultura



Babilonia (Nínive)
Planisfero celeste
Arcilla cocida, 650 a. C.

⁵ BRUNNER, José Joaquín. *América Latina: cultura y modernidad*. Grijalbo, México, 1992.

⁶ En este caso se parte de la premisa de que son las élites políticas e intelectuales las encargadas de liderar la construcción de referentes nacionales. La mayoría de las investigaciones que tienen por objeto estudiar esta problemática, coinciden en observar la fuerte responsabilidad que le cabe a las élites en la construcción de imaginarios nacionales. El historiador alemán, Hansjoachim König, ubica este proceso en Colombia como paralelo a los intentos modernizadores de la élite de mediados del siglo XIX para penetrar en la economía mundial. KÖNIG, Hans-Joachim. *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Banco de la República, Bogotá, 1994. Págs. 436-446.

⁷ Por protonacionalismo se comprende, con Eric Hobsbawm, los sentimientos colectivos que existen con anterioridad a la construcción de una verdadera nación moderna, la cual se constituye por medio de la imposición de Estados burocráticos sobre «comunidades imaginadas» en un territorio más o menos delimitado por medio de identidades comunes. HOBBSBAWM, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 2000, p. 55.

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE, México, 1997.

⁸ GUILLEN Martínez, Fernando. *El Poder Político en Colombia*. Punta de Lanza, Bogotá, 1979. Pág. 392.

latinoamericana -su específico modernismo, su manera de encarnarse en modernidad- le impediría volverse sobre sí misma para entenderse e identificarse. En parte ello ocurre, claro está, porque el núcleo de esa modernidad se halla descentrado, fuera de sí, de modo que el proceso de su internacionalización representa, continuamente, y al mismo tiempo, un proceso de extrañamiento...»⁵. Pese a este pronunciamiento, las élites latinoamericanas siguen pensando en alcanzar una «modernización», manifestada en el desarrollo y en una dificultosa internacionalización que nos acercará posiblemente más a una homogeneización alienante que a una condición moderna (democrática). Para superar esta «colonización de lo imaginario», de una maternidad pensada desde una perspectiva etnocéntrica, se hace necesario desideologizarla y pensarnos desde nuestras propias realidades y ver en la modernidad un referente fundamental más no unívoco.

En búsqueda de una identidad nacional

Los estudios sobre la identidad colombiana coinciden en observar cómo desde la independencia, la construcción de un referente nacional ha tropezado con la incapacidad de las élites «modernizantes»⁶ de fundar referentes colectivos, por encima de los intereses particulares, locales y partidistas. Por otra parte, tampoco han existido claramente sentimientos protonacionales⁷, constituidos desde abajo, encargados de crear en los sectores populares sentimientos nacionales. Por el contrario, las élites políticas, por medio de la imposición de referentes partidistas y confesionales (desde la independencia hasta mediados del siglo XX), de propuestas gremiales (representadas en el siglo XX por medio de unas asociaciones económicas sumamente fuertes), han construido una sociedad política escindida en dos partidos; a ello responden las masas con una cultura política precaria (hacendataria y jerarquizada)⁸.

La historiografía colombiana coincide en afirmar que, pasado el período independentista, la formación de una nación soberana estuvo sometida a la penuria económica del naciente Estado, a los conflictivos ensayos políticos de centralistas y federalistas, y a la incapacidad de desarrollar una economía nacional entre las regiones (por la tortuosa geografía nacional, obstáculo de primer orden que creó economías autárquicas). A ello es necesario agregar la pobreza franciscana de las élites y el marcado analfabetismo (85% del total de la población, compuesta por 1.686.000 habitantes en 1835, en su

mayoría rural), cifra significativa, si recordamos que para poder participar en las elecciones era necesario saber leer y escribir, cuando no se exigía ser propietario o tener mínimo un capital de mil pesos. Aquí la educación se convierte en un privilegio que le da paso a una ciudadanía civil. En efecto, las precariedades del Estado impiden abrir el camino a una ciudadanía política, la cual sólo se va a masificar débilmente a mediados del siglo XX.

Ahora bien, comprender el nacionalismo como elemento necesario para la formación de un Estado democrático, siguiendo la trayectoria marcada por los investigadores extranjeros quienes no entienden la paradoja del ser colombiano y los obliga a pensar a Colombia como una nación a pesar de sí misma⁹-, problematiza, todavía más, este proceso. Así, recientemente, el historiador francés Frédéric Martínez, enfatiza, para el siglo XIX, cómo la construcción ideológica sobre la nación estaba fundada en disímiles representaciones imaginadas de una Europa convulsionada y enfrentada a la disyuntiva de consolidarse como un continente republicano o, por el contrario, mantener una organización política sustentada en el Antiguo Régimen. De la misma manera, los nacientes partidos, liberal y conservador y sus gestores, tienen en los enfrentamientos políticos europeos, los principales instrumentos para elaborar un discurso político legitimante, pero a la vez ambiguo; igual ocurre con el proyecto de construcción de una nación democrática que se edifica con las herramientas discursivas de las representaciones de las naciones

europas y sus propuestas . . .



Giovanni Battista Passeri
Vista del globo celeste sostenido por el Atlas
Farnesio (del *Thesaurus Gemmarum Antiquarum
Astriferarum*, de Antonio Francesco Gori).
Libro impreso, Florencia (1750).

⁹ BUSHNELL, David.
Colombia, una nación a
pesar de sí misma. De los
tiempos precolombinos a
nuestros días. Planeta,
Bogotá, 2002.

europas y sus propuestas libertarias y burguesas -todas estas construcciones logradas gracias a los viajes y a la literatura extranjera-¹⁰. En efecto, se construyó un imaginario nacional desde afuera que no permitió tener una mirada propia de nuestra realidad, por ello estas propuestas siempre generaron más contradicciones que resultados positivos en la creación de una identidad nacional y chocaron abiertamente con el tradicionalismo decimonónico.

A pesar de las fallidas tentativas de construcción nacional, el enfrentamiento partidista pudo más e impidió la construcción de identidades nacionales por encima de las adscripciones partidistas; es decir, en Colombia, hasta mediados del siglo XX, se era liberal o conservador; antes que identificarse con la nación. Ciertamente, con la Regeneración, los conservadores al otorgarle a la institución eclesiástica las funciones sociales de los estados modernos (control de la educación, la administración de los insuficientes hospitales, ancianatos y orfanatos y los territorios de Misión), abrieron las puertas para la imposición de un régimen de cristiandad¹¹, donde pesaba más el ser católico que identificarse con la nación; quien no era concebido dentro del matrimonio era ilegítimo y, por tanto, no podía ser cristiano. Situación política más lamentable, cuando a ésta se le agregan las permanentes guerras civiles del siglo XIX (que en cierta medida favorecieron la separación de Panamá) y sus pares durante la República Liberal y los años cincuenta del siglo XX.

Así, la muerte del otro pudo haber ayudado a formar una cultura intransigente, liderada por la institución eclesiástica y sus respuestas tradicionales a la

Islam (Iznik)
Plato con lea y el Sol
Loza pintada en azul y blanco,
siglo XVII



¹⁰ MARTÍNEZ, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Guadalupe, Bogotá, 2001.

¹¹ CORTÉS, José David, *Curas y Políticos Mentalidad Religiosa e Intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881-1918*. Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998. Pág.34.

modernidad y a los postulados liberales¹². Es decir, con la Regeneración se oficializó la hegemonía de la institución eclesiástica, pero la misma, coincidió con la recristianización y el ultramontanismo de Occidente, típica respuesta que le dio el Vaticano a los avances de la modernidad y que se dinamiza en el interior de la Iglesia Católica por medio de la corriente intransigente. Esta corriente del catolicismo desarrollada en Roma durante el siglo XIX, coincide con un fuerte avance del liberalismo, que se consolidó en muchos estados europeos y latinoamericanos. Dicha corriente intransigente está caracterizada por ser la reacción más beligerante de la institución eclesiástica a la modernidad y a sus prácticas políticas heredadas de la Revolución Francesa. Ideas políticas revolucionarias que pretendían crear un Estado-Nación laico, conformado por ciudadanos, donde la Iglesia Católica como institución estuviese separada totalmente del Estado, sin que ésta fuese un órgano mediador.

La intransigencia era entendida como una actitud de los apologistas del catolicismo para defender el dogma católico, mediante el señalamiento de los enemigos de fe: liberales, masones, protestantes, ateos, socialistas, comunistas, anarquistas, naturalistas, etc... Su base teológica es la defensa de la verdad, entendida como la fe católica que no permite discusiones. «La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte, caemos en el error. Conociendo que hay Dios conocemos la verdad, porque realmente Dios existe»¹³. Este pensamiento en Colombia era recibido al pie de la letra por párvocos como Cayo Leonidas Peñuela¹⁴ quien afirmaba que: «La verdad en toda ciencia es intransigente e intolerante por su misma naturaleza, y si fuera tolerante, ya no sería verdad sino duda o mentira»¹⁵.

Las guerras civiles entre los partidos políticos, tuvieron, en la manera de practicar el catolicismo y de asimilar las tradiciones partidistas, por parte de los colombianos, uno de los principales elementos para atacarse mutuamente; la excomunión, por momentos, daba paso a la negación del otro y, por lo tanto a su muerte; los gritos de batalla como «Viva Cristo Rey», acompañaron a consignas como «matar liberales no es pecado».

Ahora bien, durante la segunda mitad del siglo XX, superados los cruentos enfrentamientos partidistas, las elites por medio del Frente Nacional cortaron cualquier posibilidad de permitir acceder al poder político a opciones diferentes de los partidos tradicionales y, de paso, arrasaron con la eventualidad de establecer referentes nacionales que incluyeran a los sectores populares. Las masas populares ya no encontraron en los partidos liberal y conservador una filiación tangible, pues las elites partidistas se contentaron

con el reparto ...

¹² FIGUEROA S., Helwar Fernando. *Intransigencia y catolicismo en Colombia. Religión, política y violencia. 1930-1946*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Sin publicar.

¹³ Jaime Balmes. *El Criterio*. Bedout. Medellín. 1973. Pág. 7. Este sacerdote, filósofo y publicista español (Vich, 1810-Barcelona, 1848) y defensor de la monarquía, precursor de la neoescolástica y de apologética católica fue uno de los principales tomistas eclécticos, que citaron los intransigentes decimonónicos.

¹⁴ Cortés, basa su obra en gran medida analizando el discurso intransigente de este personaje, que lideró desde la prensa católica, la defensa del conservadurismo y su alianza con la Iglesia, frente al liberalismo, en las postrimerías de la guerra de los Mil Días. Peñuela fue uno de los principales abanderados en la demonización de los liberales, al lado del Obispo de Pasto, Ezequiel Moreno, José David Cortés. *Curas y Políticos...* Op. Cit. Págs. 33-92.

¹⁵ Cayo Leonidas Peñuela. *Tratado de Religión Superior o Apologética*. Imprenta del Departamento. Tunja. 1916. Pág. 79.

con el reparto burocrático del Estado y de atraer clientelamente a sus votantes, los cuales no tenían un referente nacional claro. De este período en adelante los partidos tradicionales se adscribieron en programas sustentados en el «racionalismo instrumental» ejercido por medio de políticas públicas, eminentemente tecnócratas, diseñadas «sólo para la sociedad mayor sin tener en cuenta los territorios excluidos y los espacios vastos; además, dejaron de lado otros aspectos tan importantes como los proyectos políticos y ético culturales»¹⁶.

Es así como los partidos tradicionales hicieron la política, no en el espacio de la sociedad civil¹⁷ sino dentro del Estado, convirtiéndose así en agenciadores de las políticas estatales corporatizadas y no de las presiones sociales de sus conciudadanos. Esta situación se presenta desde el siglo XIX, cuando las relaciones clientelares y el compadrazgo van a ser los principales movilizadores sociales, pero también tendrán como propósito ser los mediadores naturales entre las diferentes necesidades locales y el Estado. Igualmente, las asociaciones económicas penetraron de tal forma al Estado que muchas de las políticas estatales fueron pensadas más para beneficiar el interés privado que el de la sociedad colombiana en conjunto¹⁸.

Los intereses particulares de los diferentes actores políticos, que para la segunda mitad del siglo XX se han manifestado por medio de propuestas paraestatales, pensadas desde posiciones políticas de derecha o de izquierda, tampoco han contribuido a crear identidades nacionales, pues sus propuestas «modernizantes» tienden a legitimar una sociedad profundamente excluyente, en el caso de los primeros y, en el de los segundos, obedecen a modelos económicos pensados desde realidades políticas y culturales diferentes a las colombianas¹⁹.

Este panorama político buscó modificarse por medio de la Constitución de 1991, la cual reconocía la diferencia y la participación ciudadana, pero en aras de respetar la diversidad cultural se fue al otro extremo, impidió crear una identidad que nos permitiese identificarnos como colombianos, y le dio más fuerza a un país de regiones y de etnias. Y qué no decir de los postulados sobre descentralización, privatización y apertura que acompañaron a la Carta magna. Las consecuencias, en este sentido, se perciben al observar cómo la industria y la agricultura nacional se han quebrado, lo cual repercute en un incremento acelerado del desempleo (que pasó de un 10% en 1990 a más de 20% en el 2000, con un subempleo mayor del 50%), la economía informal, el narcotráfico y el contrabando, fortaleciendo una cultura de la ilegitimidad y del rebusque, desestructurando, a su paso, cualquier posibilidad de creación

¹⁶ URIBE de Hincapié, María Teresa. *Nación, ciudadano y soberano*. Corporación región, Medellín, 2001. Pág. 67. PALACIOS, Marco. *Parábola del liberalismo*. Norma, Bogotá, 1999.

¹⁷ Se entiende por sociedad civil «... el lugar donde surgen y se desarrollan los conflictos económicos, sociales, ideológicos, religiosos, que las instituciones estatales tienen la misión de resolver mediándolos, previniéndolos o reprimiéndolos». BOBBIO, Norberto. *Estado, Gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. FCE, Bogotá, 2000. Pág. 43.

¹⁸ SAENZ Rovner, Eduardo. *La Ofensiva empresarial. Industrias, políticas y violencia en los años 40 en Colombia*. Tercer Mundo, Bogotá, 1992.

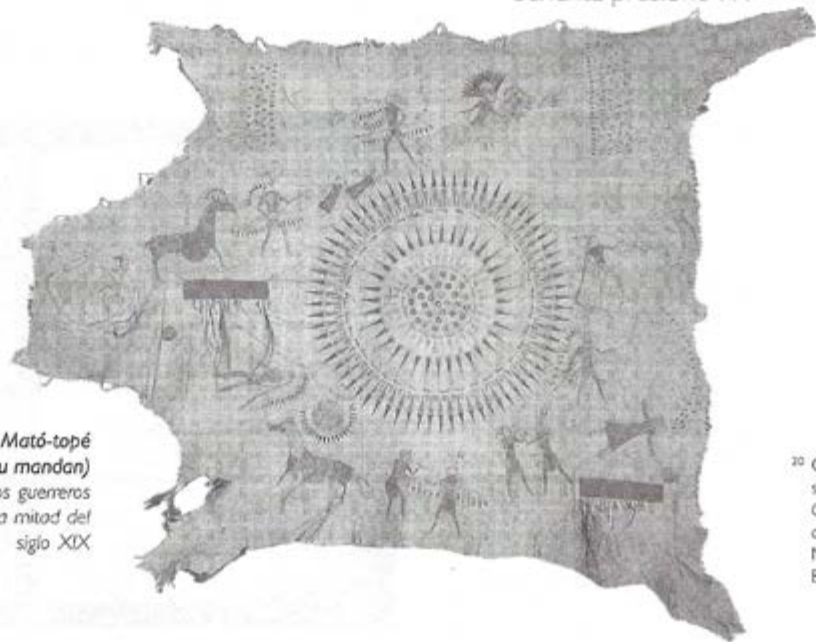
¹⁹ LÓPEZ DE LA ROCHE, Fabio. *Izquierda y cultura política. ¿Oposición o alternativa?* Cinep, Bogotá, 1994.

de tejido social. En cuanto a las medidas privatizantes y aperturistas, por un lado, disminuyeron el ya debilitado Estado a su mínima expresión y, por otro lado, abrieron las puertas al consumo desaforado de productos extranjeros en detrimento de la frágil industria nacional.

Mención especial merece el actual conflicto armado, que, vale la pena recordar, se incrementó después de la constitución de 1991, no en vano, con la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente, el 9 de diciembre de 1990, las Fuerzas Armadas ocuparon militarmente la Uribe -bastión de las FARC-EP- con el propósito de derrotarlas. De esta manera, se inaugura un período de la historia colombiana en el cual nuevamente, guerrillas como las FARC-EP y el ELN entran en un proceso de arremetida militar que logra, por momentos, evidenciar la debilidad del Estado para mantener el monopolio de la fuerza legítima. En consecuencia, a pesar de los postulados incluyentes y participativos, plasmados en la Constitución de 1991, no se respondió a la construcción de una nación aglutinante de la mayoría de los colombianos, prueba de ello es el aumento de la pobreza, la concentración de la riqueza y el malestar social en las ciudades²⁰ y la violencia ejercida por los parapoderes o contrapoderes.

En esta coyuntura, el narcotráfico también logró desestabilizar las bases del Estado, pues, por medio de los atentados terroristas de finales de los años

ochenta presionó...



Atribuido a Mató-topé
(América del Norte, tribu mandan)
El Sol y los guerreros
Manto de piel de bisonte, primera mitad del
siglo XIX

²⁰ Comisión de estudios sobre la Violencia. Colombia: Violencia y democracia. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986.

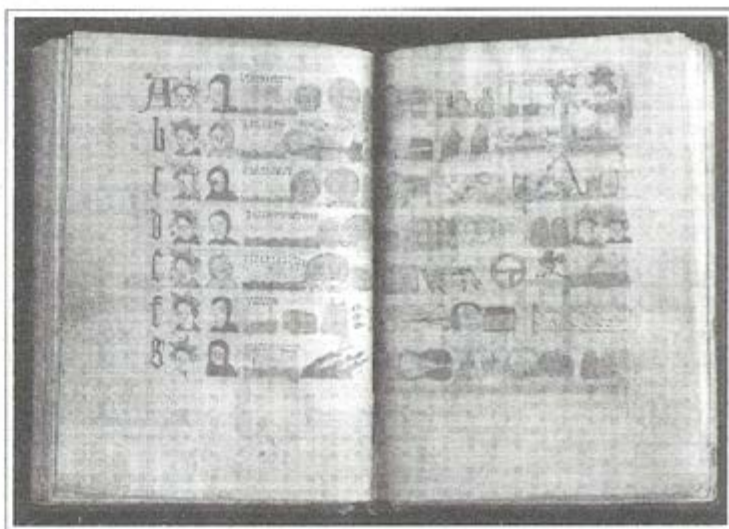
ochenta presionó a la clase política tradicional para que no permitiese la extradición de colombianos. Así mismo, logra penetrar el establecimiento, por medio de la corrupción de políticos y de la financiación de campañas políticas, como quedó evidenciado con el proceso 8.000 y el confuso juicio al ex presidente Ernesto Samper Pizano.

La «corrupción» y la impunidad, evidenciadas en los permanentes escándalos sobre desfalcos, peculados y crímenes de lesa humanidad, y la incapacidad por parte de los organismos de control y de justicia para investigar y juzgar a los culpables, demuestran hasta dónde el Estado ha sido incompetente para ejercer una de sus más importantes misiones, la salvaguarda de la vida y de los intereses de las mayorías. Y qué no decir del alto índice de evasión y no pago de impuestos por parte de sectores rentistas que tributan precariamente, además de las exiguas ventajas competitivas de los productos nacionales por culpa de las políticas aperturistas de desregulación económica, que han incrementado de manera significativa la insuficiente consecución de recursos del Estado, sostenido sólo con impuestos directos y los préstamos internacionales que aumentan el servicio de la deuda externa²¹.

En definitiva, la historia política del país evidencia cómo ha sido imposible construir una nación, pues los intereses de las elites están guiados por políticas clientelistas de reparto burocrático, lo que obliga a los diferentes actores políticos a salirse de los cauces tradicionales de las democracias modernas y a asociarse gremialmente, o en el peor de los casos, a entrar a la esfera de la ilegalidad, en detrimento de la constitución de lo político. Se construyen así,

²¹ En un informe de la Contraloría General de la República se da a conocer cómo la concentración de la riqueza permite que el 20% de los hogares más ricos concentre el 52% de los ingresos totales de la nación, el 48,7% de los hogares tiene ingresos inferiores a la línea de la pobreza, el 1% de los propietarios posee el 53% de la tierra; y, «extrañamente», los 50 mayores deudores del sistema financiero absorben el 20% de la cartera y los 1.500 mayores deudores, el 75%, quiere decir que el crédito que podría estar dirigido a sectores desfavorecidos también es absorbido por los monopolios. EL Tiempo, Bogotá, 16 de junio de 2002. Págs. 3-7.

²² PÉCAUT, Daniel. *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*, V. I, II. Siglo XXI, Bogotá, 1985. Es necesario decir que la mayoría de los aportes en este sentido han sido el resultado del estudio transversal de la violencia que ha mostrado la incapacidad del Estado colombiano para controlarla.



Inglaterra (Yorkshire)
Almanaque de los pobres
Tinta y colores sobre vitela, ca. 1425.

diferentes identidades que podrían definir al colombiano: partidista, confesional, gremialista y las nuevas comunidades postmodernas de los «ciudadanos consumidores» y virtuales.

Ciudadanía y confesión partidista

Ahora bien, a estos mínimos sentimientos nacionalistas y a la precariedad del Estado²² corresponde una ciudadanía democrática que no se ha logrado constituir como tal; es así como encontramos, desde el siglo XIX, unas identidades colectivas más comprometidas con los partidos tradicionales y la institución eclesiástica que una ciudadanía identificada con lo nacional. Situación utilizada por los caudillos regionales para llevar a las masas analfabetas y dependientes a la guerra. Los hacendados militares, aprovechando su poder económico, político y social sobre sus arrendatarios, medianeros y peones, los conducen a la guerra para defender o adquirir los pequeños beneficios surgidos del control político de las rentas y la burocracia estatal. Allí priman más las relaciones clientelares y la pertenencia a un partido que cualquier atisbo de ciudadanía cívica. Pero, aún más, con la implantación del orden católico por medio de la Constitución de 1886 y el Concordato del año siguiente, la institución eclesiástica, de la mano de los conservadores, logra imponer una ciudadanía regida por los principios católicos. En otras palabras, para poder adquirir ésta se requiere la bendición sacramental o de lo contrario se es declarado como ilegítimo ante la sociedad. Así, partidos políticos y catolicismo anteceden a una ciudadanía política.

En el siglo XX la situación no es diferente, los diversos movimientos sociales que buscaron salirse de estas lógicas fueron excomulgados y fuertemente perseguidos; campesinos, indígenas, artesanos y la naciente clase obrera no lograron constituirse como sociedad civil e imponerle al Estado sus intereses, ya que eran reprimidos, cuando no, manipulados clientelamente o cooptados por los mismos partidos²³. Los campesinos e indígenas que durante la primera mitad del siglo XX, protagonizaron luchas por la tierra, fueron desplazados permanentemente por los latifundistas hacia nuevos territorios de colonización; este enfrentamiento los obligaba a exigir del Estado medidas tendientes a impedir los abusos de los terratenientes²⁴.

A los artesanos y a la naciente clase obrera también les fue negada la ciudadanía política, ya que las demandas sindicales se reprimieron duramente o estuvieron supeditadas a los designios de las comunidades religiosas²⁵ o del partido liberal; de todos modos, las ideas socialistas²⁶ le dieron a estos movimientos un norte político nunca antes desarrollado en el país, no

²² El historiador Absalón Jiménez realiza un interesante balance historiográfico donde logra develar una ciudadanía presionada desde abajo y que denomina ciudadanía imaginada, la cual se manifiesta en las expresiones sociales de artesanos, campesinos e indígenas y que se sale de los cauces tradicionales controlados por las elites. JIMÉNEZ Becerra, Absalón. *Ciudadanía, alzados en armas y Estado en Colombia, 1949-1994*. Tesis, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001.

²⁴ LEGRAND, Catherine. *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

²⁵ ARCHILA, Mauricio. *Cultura e identidad obrera. Colombia, 1910-1945*. Cnep, Bogotá, 1991.

²⁶ Para un estudio detallado de la historia de las ideas socialistas en Colombia, ver: VANEGAS, Isidro. «Los estudios sobre el socialismo temprano en Colombia: Una versión de la izquierda». *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. N° 27, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2000. Págs. 119-164.

obstante, fueron fuertemente perseguidas por las elites, utilizando el remoquete de ideas masónicas, comunistas, bolcheviques o protestantes. De esta manera se les impedía a las clases populares cualquier posibilidad de manifestar sus reivindicaciones sociales.

Con el Frente Nacional se impide, esta vez sí claramente, la participación de terceras fuerzas en un escenario político moderno, a pesar de los intentos del Movimiento Revolucionario Liberal, MRL y de la Alianza Nacional Popular, ANAPO²⁷. Movimientos políticos de carácter social que hicieron oposición al Frente Nacional pero que fueron sacados de la arena política por medio de la cooptación o del fraude electoral. Aunque, van a ser los nacientes movimientos guemilleros los encargados de denunciar la incapacidad del Estado para solucionar los problemas más sentidos de la sociedad y la imposibilidad de la participación de terceras fuerzas políticas en la toma de decisiones gubernamentales.

La violencia en la historia de Colombia, ejercida inicialmente por los partidos tradicionales y, posteriormente, por los grupos armados, organizados o no, creó una cultura política intransigente donde negar al otro es la acción más fácil para imponer un orden en blanco y negro que impida la organización polifónica de la sociedad, la cual sólo es aceptada para discriminar y excluir a los diferentes. Los actuales índices de corrupción, altamente dramatizados por los medios de comunicación con el objeto de desvirtuar una burocracia estatal, símbolo de la función pública del Estado y los altos márgenes de impunidad, evidenciados en la incapacidad de juzgar a los violadores de los Derechos Humanos y a los mismos «corruptos» son manifestaciones de una escasa cultura política «moderna».

Es decir, un nuevo ciudadano con derechos civiles, políticos y sociales, tendría la necesidad apremiante de hacer públicos sus planteamientos sobre la sociedad y el destino de ésta. Pero esta ciudadanía evidentemente no podría limitarse a un ejercicio de representación excluyente; por el contrario debe enfrentarse críticamente a los designios de un orden corporativo, para dejar atrás la tradicional cultura intransigente, privatista y segregacionista.

En efecto, la superación de esta sociedad sólo es posible si reconocemos de una vez por todas y de manera crítica que nuestro pasado está en permanente fragmentación, de ahí nuestras dificultades para alcanzar una modernidad centrada en nuestras propias realidades; por ello la invitación a comprender el grado de responsabilidad de los diferentes actores políticos en la constitución de una sociedad dividida e intolerante; se espera así, desde una

²⁷ A pesar de que se argumenta, tradicionalmente, que no existieron fuerzas políticas legales por fuera de los límites impuestos por el Frente Nacional, las investigaciones del profesor César Ayala demuestran hasta la saciedad que movimientos como el MRL y la ANAPO recogieron las banderas de terceras fuerzas, rompiendo de esta manera la hegemonía bipartidista. AYALA, César Augusto. *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1995.

perspectiva histórica y cultural, develar una realidad que ha sido en alguna medida ocultada. Pero no con el interés, por demás anacrónico, de buscar culpables, a pesar de que los diferentes actores «políticos» se han delegado la responsabilidad de conducir las masas, no con el objeto de buscar salidas dignas e históricas para superar una sociedad que pareciera por momentos no ser viable, y cuya máxima manifestación se percibe en un Estado incapaz de tener el monopolio de la fuerza. En otros términos, ser legítimo en el sentido weberiano y a su vez estar en capacidad de ejercer una justicia democrática con la lucidez del ciudadano «mayor de edad» (ilustrado); un ciudadano metafóricamente iluminador de la ceguera de la justicia y balanceador de su equilibrio.



Italia (Florencia)
 Tablas de Pascua
 Grabado, 1461.



En el umbral de los cambios . . .